

ANDRÉS QUINTANA ROO Y JOSÉ MARÍA HEREDIA: PROTAGONISTAS DEL PRIMER PROYECTO CULTURAL DEL MÉXICO INDEPENDIENTE

Pablo Mora*

Resumen / Abstract. Andrés Quintana Roo and José María Heredia: Protagonists in the First Cultural Project of Independent Mexico.

Palabras clave / Keywords: México independiente, proyecto cultural, Historia, Andrés Quintana Roo, José María Heredia / Independent Mexico, cultural project, History, Andrés Quintana Roo, José María Heredia.

Tanto Andrés Quintana Roo como el cubano José María Heredia compartieron principios comunes —con ligeras variantes— en el proyecto cultural de México a raíz de la Independencia. Ambos anhelaban la construcción de una república federal ilustrada, mediante el establecimiento de instituciones integradas por hombres letrados en sus diferentes ramas y especialidades, con un espíritu de tolerancia política y religiosa. Heredia y Quintana Roo consideraban la Historia como una forma de explicar los problemas sociales y el progreso alcanzado hasta ese momento por el hombre. En resumen, la Historia era la disciplina que contribuía a explicar la situación de México desde un distinto punto de vista universal. / Both Andrés Quintana Roo as the Cuban José María Heredia shared common principles, with slight variations, on the cultural project that was Mexico after Independence. They both longed for the construction of a federal illustrated republic, built through the establishment of institutions composed by educated men in its various branches and specialties, and with a spirit of political and religious tolerance. Heredia and Quintana Roo conceived history as a way to explain social problems and the progress reached at the time by man. In short, History was the discipline that helped to explain Mexico's situation from a universal point of view.

ANTECEDENTES



Con la aparición de la primera revista independiente e ilustrada, *El Iris* (1826), redactada por José María Heredia y los italianos Claudio Linati¹ y Florencio Galli, y la instauración del Instituto de Ciencias, Literatura y Artes de Andrés Quintana Roo, en el mismo año, se abre una etapa en la historia de las letras y la educación en México, que definió el tipo de proyecto de literatura nacional forjado en el

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ El proyecto original fue idea de Claudio Linati, introductor, además, de la litografía en México.

siglo XIX.² A partir de entonces es posible identificar un programa cultural específico, el cual fue fraguando a lo largo de la primera mitad del siglo XIX y que, con cambios y algunos reforzamientos, tuvo una expresión más definida a finales de los cuarenta e inicio de los cincuenta, fechas en la que se agrupó una serie de escritores en el Liceo Hidalgo (1849).³ Los dos acontecimientos de 1826 se pueden ver como el prospecto de un programa en formación en el cual se cifra, en parte, el proyecto de una nación anhelada, realizado por la clase letrada, constituida fundamentalmente por criollos, pero también por una nueva clase media que buscaba respaldar una institucionalización republicana, así como asegurar, a través de la Ilustración, la felicidad de una nación que recientemente había conquistado la libertad.

Tanto Andrés Quintana Roo como el cubano José María Heredia, quien llegó a México por segunda vez en 1825, compartieron principios comunes en el proyecto cultural de México a raíz de la independencia. Primero Quintana Roo, con la creación del Instituto de Ciencia, Literatura y Artes en 1826, quien manifestaba la necesidad de crear un consejo de sabios o una república de letrados⁴ y, simultáneamente, Heredia, que proyectaba pautas afines tanto en su revista *El Iris* (1826) como, unos años después, con el Instituto Literario de Toluca (1827), ofrecen vínculos

² Hay varios antecedentes sobre actividades educativas que deben tomarse en cuenta: desde la Arcadia Mexicana (1808) hasta, por ejemplo, la aparición de la “Sociedad Pública de Lectura”, fundada por José Joaquín Fernández de Lizardi el 23 de julio de 1820, y la Sociedad de Amigos del País, comandada por Juan Wenceslao de la Barquera en 1823. La Sociedad de Lizardi buscaba la ilustración de los lectores. También, no hay que olvidar al Ministerio que dirigieron Lucas Alamán y Pablo de la Llave, ya que fueron quienes nombraron una junta de notables a finales de agosto de 1823. Ésta, a su vez, acordó nombrar “una comisión que se encargase de formar un *plan general de estudios*” (“Mora”, en Staples, *Educación: panacea del México independiente*. México: SEP / Ediciones El Caballito, 1985, p. 65). Sin embargo, una de las singularidades del Instituto Nacional, presidido por Quintana Roo, fue que incluía una actitud crítica frente a los avances de la cultura europea y la adecuación de ésta en los países de América (Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*. México: Imprenta Universitaria, 1957, p. 36-38).

³ Me refiero a los escritores Francisco Zarco, Francisco Granados Maldonado, José Sebastián Segura, Marcos Arróniz, Roa Bárcena, Ramón Isaac Alcaraz, Francisco González Bocanegra, Florencio M. del Castillo y Félix Escalante, entre otros.

⁴ La lista de miembros está constituida por: Lucas Alamán, José María Tomel, Sánchez de Tagle, Manuel Carpio, Wenceslao de la Barquera, José María Luis Mora, José María Bustamante, Francisco Ortega, al lado de otros socios corresponsales en otros países como el barón de Humboldt, Ricardo Ackermann [*sic*], Blanco White, Simón Bolívar, Bernardino Rivadavia, etcétera.

culturales decisivos que conforme fueron pasando los años se moderaron. Sin duda, como lo advierte Anne Staples, se manifestaba en todos los proyectos iniciales educativos “el deseo de crear algo nuevo, en consonancia con los requerimientos del liberalismo y del utilitarismo en ascenso, descartando a la vez otros términos como colegios o universidad, cuyas connotaciones implicaban demasiadas ligas con las instituciones coloniales”.⁵ En el caso del cubano, esta nueva consonancia la buscaba de manera muy específica, mediante la enseñanza de la historia.

En todo caso, este proceso de formación, que también incluyó otros proyectos de revistas por parte del cubano, tuvo en el Instituto de Quintana Roo la posibilidad de novedosas formas de ilustración y sociabilidad no política, que buscaban constituirse como espacios al margen de la lucha de intereses en aras del bien común⁶ pero, sobre todo, fueron un precedente que encarnó la posibilidad de consolidar y fortalecer la serie de expectativas positivas dentro del sueño anhelado por tantos criollos a lo largo de muchos años: la república de las letras en un país independiente.

ANDRÉS QUINTANA ROO: EL INSTITUTO Y LA REPÚBLICA LETRADA

Manuel Gutiérrez Nájera, al referirse a los méritos de Quintana Roo, señaló como uno de los logros más encomiables en su labor literaria el vislumbrar la vida republicana de la nación. Testimonio de esta proyección lo tenemos en la famosa “Oda al 16 de septiembre”, de 1821, poema neoclásico en

⁵ Staples, “Panorama educativo al comienzo de la vida independiente”, en *Ensayos sobre historia de la educación en México*. (varios autores). México: El Colegio de México, 1981 (2ª ed.), 1985, 101-144, p. 130.

⁶ Hay que aclarar, sin embargo, que a pesar de que *El Iris* es una publicación hecha por extranjeros (dos italianos y un cubano) y de que cobra una paulatina politización, elementos éstos que finalmente trajeron renuencia por parte de la prensa mexicana hasta culminar en la desaparición de la revista, podemos decir que, a partir de tal experiencia, en subsiguientes publicaciones literarias se puede reconocer el progresivo desarrollo de la revista, entendida como espacio que aspira a la imparcialidad o a la neutralidad política, y que busca, a través de la literatura, vigorizar una opinión pública desgastada y enfrascada en la lucha partidista. Para un estudio más extenso del carácter polémico de esta revista, véase el trabajo de Luis Mario Schneider “La primera revista literaria del México independiente”, en *El Iris* de José María Heredia (ed. facsimilar, p. 1). México: UNAM, 1988, xxv-lxiii.

el que también el poeta —dice Gutiérrez Nájera— “sintió el soplo de la oda que pasaba”.⁷ Ahora bien, esta forma de vislumbrar una república también la hizo extensiva en el terreno educativo y literario, lugar de concordia que estaba por encima de la política. En el inicio del poema mencionado, el poeta utilizaba como interlocutores a la musa poética y clásica (a la de Virgilio), pero también interpelaba al Dios del cristianismo para denunciar los abusos españoles sobre el Anáhuac en nombre de la religión.

Moral corrompedora
predican con la bárbara insolencia,
y por divinas leyes
proclaman los caprichos de sus reyes...

Asimismo recriminaba directamente a la Iglesia católica el silencio ante la disputa del Nuevo Mundo, y muy concretamente aquella que cuestionaba la capacidad de razonar del indio.

¿Qué más? En duda horrenda
se consulta el oráculo sagrado
para saber si la prenda
de la razón al indio se ha otorgado,
y, mientras Roma calla,
entre las bestias confundido se halla.

Quintana Roo, como criollo, exhortaba a la patria naciente a honrar a sus héroes (Hidalgo, Morelos) y, como su homónimo, el español Quintana, alentaba a los mexicanos a despertar a esas sombras heroicas para entonar el canto de la libertad, mientras se distanciaba de Iturbide y rescataba el hecho de la proclamación de la Independencia. Si en la “Oda” se había vislumbrado a México como república en versos muy neoclásicos, en el discurso de inauguración del Instituto Nacional de Ciencias, Literatura y Artes de 1826 se podía ver una de las primeras piezas retóricas en las que se

⁷ “Don Andrés Quintana Roo”, en *Obras I*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 512.

planteaba la dirección educativa de una nación bajo la tutela de un cuerpo de sabios apoyada por el Estado.⁸

los ciudadanos más ilustres que adornan esta suntuosa capital, concibieron el pensamiento de fundar en ella un instituto nacional destinado [...] a cuidar del adelantamiento y perfección de todas [ciencia y arte], formando un cuerpo compuesto de personas de una capacidad distinguida que, comunicándose sus luces y descubrimientos en todo género, puedan ponerse en estado de generalizar en el pueblo el gusto de la instrucción (95).

Quintana Roo apelaba al espíritu de asociación y, a la luz de los enciclopedistas franceses e identificado con el proyecto de nación correspondiente con el Congreso de Apatzingán, es decir, el que O’Gorman identificó con el de los utopistas,⁹ proponía dicha reunión de sabios como una forma de fortalecer —continuar y culminar— el sentido de

⁸ Leonel Rodríguez Benítez ha estudiado los orígenes de este instituto. En realidad, como él mismo señala, se trata de un establecimiento que es continuación de un proyecto que se gestó años antes, en 1823, y que buscaba formar una institución educativa “para la perfección de las ciencias, la literatura y las artes”. Quienes habían iniciado este proyecto fueron el entonces presidente, Guadalupe Victoria, del Instituto de Ciencias, Literatura y Artes, Lucas Alamán, el mismo que, 40 años después, sería colaborador de Santa-Anna (cf. “Instituto de Ciencias y Artes de la ciudad de México en 1826”, en *Memoria del Primer Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y de la Tecnología*, v. 1 (1989) p. 332-341. El citado discurso aparece como *Memorias del Instituto de Ciencias, Literatura y Artes*. (Instalación solemne verificada el día 2 de abril de 1826). México: Imp. del Supremo Gobierno en Palacio, 1826. Utilizamos el texto de Manuel Miranda donde se antologa dicho discurso. Manuel Miranda, *Vida y escritos del Héroe Insurgente (Quintana Roo)*. México: Imprenta de la Secretaría de Fomento, 1910.

⁹ Edmundo O’Gorman, a partir del estudio de los orígenes del Plan de Ayutla (1857), identifica dos de las tendencias del pensamiento criollo y de la nueva clase media, tanto en el Congreso de Apatzingán (1813) como en el Plan de Iguala (1821). En la primera: “cobra cuerpo como realidad mexicana el gran utopismo de la Ilustración que no fue, como sabemos, sino la creencia de poder alcanzar en este mundo, por medios puramente humanos asequibles a la razón, un estado de concordia, de prosperidad y de dicha común” (*Seis estudios históricos de tema mexicano*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1960, p. 120). En el Plan de Iguala identifica la otra corriente de pensamiento, que denomina tradicionalista, y dice de ésta: “la diferencia decisiva del movimiento de 1821, es que impera la razón tradicionalista sobre la democracia; es decir, que en el movimiento encabezado por Iturbide se empieza a actualizar la otra posibilidad que había en la solución de la manera de realizar el sueño redentor de la patria. En oposición al camino adoptado en Apatzingán, ahora se perfila la idea de un Poder Ejecutivo omnímodo con un mínimo de trabas legales” (124).

las revoluciones a la luz de la historia occidental. Con ello se daría pie a la identificación de una nación mexicana, es decir, se trataba de fundar los mecanismos que darían paso a lo que hacía “un carácter distintivo de los pueblos libres y eminentemente civilizados”, y que generaba un espíritu público.¹⁰ Éste era el que venía a fortalecer las instituciones y creaba los beneficios decisivos para el porvenir sólido de la civilización.

Andrés Quintana Roo, hombre ilustrado que había participado tanto en la guerra de independencia al lado de Morelos, en el Congreso de Apatzingán, como en el gobierno de Iturbide y que, en 1826, entraba a colaborar con el presidente Guadalupe Victoria para construir una verdadera república federal, convocaba a una serie de sabios para el establecimiento del Instituto Científico y Literario; un instituto que por sus características lo podemos identificar con ideales ilustrados españoles en general, pero también con el de aquella sociedad nacional de ciencias y artes que había postulado el filósofo francés Condorcet (1743-1794).¹¹

En la manera como Quintana Roo concebía este instituto se podía ver la afinidad que guardaba con la estructura general del documento del francés, titulado: “Informe y proyecto de decreto sobre la organización general de la instrucción pública presentado a la asamblea nacional en nombre de la comisión de instrucción pública el 20 y 21 de abril de 1792”. A partir de dicho documento del filósofo francés, por otra parte, se daría pie, unos años después, a la inauguración de un instituto en Francia (1795), cuyo objetivo era proyectar reformas educativas elaboradas por un grupo encargado de supervisar el desarrollo de la estructura nacional. En las palabras de Quintana Roo se podían reconocer, en términos generales, los principios y modelos del siglo de Jovellanos, Feijoo y de las Cortes de Cádiz, pero también los modelos como el de la *Société* (1754-1836), los hermanos Chénier, Lafayette, Lavoisier, Sieyès, entre otros.

¹⁰ En *El Museo Universal de Ciencias y Artes* (Londres, 1824), de José Joaquín de la Mora, aparece un artículo titulado “Sociedades para el fomento de las artes”, que habla detalladamente de las ventajas del espíritu de asociación (47). Algunos de los principios señalados son pautas que sigue muy de cerca el autor mexicano, con todo el grupo de liberales refugiados en Londres.

¹¹ En *Antología de Condorcet*. Véase también E. Kennedy, *A Philosophe in the Age of Revolution: Destutt de Tracy and the Origins of Ideology*, 1978, p. 41. Staples también señala la influencia francesa en la apertura de institutos literarios (“Panorama educativo”, p. 130).

Esta sociedad, por ejemplo, también se proponía encontrar relaciones en toda la ciencia general de la civilización. Dichas agrupaciones, en realidad, se basaban en la noción de la educación como uno de los remedios para erradicar la barbarie y la anarquía, pero más importante aún, veían la realización de los nuevos valores en la configuración de un cuerpo de sabios que se dedicara a la revisión del desarrollo de las ciencias y las artes a la luz de la historia. Bajo estos postulados se pretendía introducir la idea del progreso como resultado tanto del conocimiento humano y la historia como de las virtudes.

El Instituto, aunque evidenciaba claramente su filiación con los modelos franceses, españoles¹² y americanos, entonces en boga, surgía precisamente de la necesidad del reconocimiento de México como país independiente, para así mostrar al mundo la disposición de suscribirse al desarrollo de los pueblos civilizados, como había quedado asentado en la Constitución de 1824. Decía en el discurso de 1826:

Después que la nación, despojada por tres siglos de este glorioso renombre, ha sabido adquirir una existencia política que, privilegiada de las comunes leyes del tiempo, ostenta ya en su mismo nacimiento todo el vigor, robustez y consistencia de los pueblos más antiguos y sabiamente gobernados, aspira con vehemencia a elevar a esta grande obra al punto de perfección que pueda asegurar para siempre el goce imperturbable de todas sus ventajas (95).

Quintana Roo entendía el hecho de la conquista de la libertad —la independencia—, en el sentido que asumían algunos criollos, como sinónimo de recuperación de un pueblo, una nación americana que había restituido su antigua libertad.¹³

¹² Para un estudio de las ideas ilustradas educativas véase de Jean Sarrailh, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México: FCE, 1957.

¹³ Esto mismo lo expresaba en términos líricos en su "Oda al diez y seis de septiembre":

Renueva ¡oh musa! El victorioso aliento
con que, fiel de la patria al amor santo,
el fin glorioso de su acerbo llanto
audaz predije en inspirado acento:
cuando más orgullosos
y con mentidos triunfos más ufano,
el ibero sañoso

El Instituto se inauguró el 2 de abril en la Universidad, con la lectura de textos elaborados para aquella ocasión por algunos de sus miembros integrantes: el mencionado discurso del vicepresidente Andrés Quintana Roo y la lectura de poemas de Francisco Sánchez de Tagle, Wenceslao de la Barquera y José María Heredia.¹⁴ En aquella ocasión se contó, además, con la presencia del presidente Guadalupe Victoria, y se culminó la sesión con música de Rossini.

La forma como se estructuró el acto y como se planteó constituyó un precedente clave —un ritual— en los subsiguientes institutos y sociedades culturales que se inauguraron y establecieron a lo largo de todo el siglo XIX,¹⁵ pese a que, al parecer, dicho Instituto, como nos informan Enrique de Olavarría y Ferrari y más recientemente Leonel Rodríguez Benítez, apenas duró hasta el año de 1828, sin que se registraran muchas sesiones, dada la situación inestable del país:

Verdad es que tan preciso plantel no logró la duración que era de desearse, porque la discordia civil a su paso todo lo trastornaba o destruía; pero sirvió de modelo para que, aun en medio de los desastres ocasionados por las revoluciones, se instituyesen nuevas sociedades cultivadoras de la inteligencia, que es la fuente de la civilización y de la dicha de los pueblos.¹⁶

Por otra parte, el Instituto estaba integrado no sólo por los letrados de la ciudad de México y de los estados en sus diferentes ramas y especializaciones, sino por representantes de otros países. Lo importante aquí, en todo caso,

tanto jay! En la opresión cargó la mano,
que el Anáhuac vencido
contó por siempre a su coyunda uncido.

¹⁴ El cubano fue socio honorario del Instituto. Por otra parte, destacan otros miembros como Alexander Humboldt, Simón Bolívar, J. R. Poinsett y Bernardino Rivadavia.

¹⁵ A este respecto, Nancy Vogeley ha señalado la importancia y las repercusiones de, por ejemplo, la ópera italiana en estas prácticas: “the Mexican elite —but also the new ruling classes in other Spanish American countries— used various cultural forms for different purposes at this time of national formation [...] Italian opera provided the new intent with the vocabulary they needed to state their difference from Spanish culture and to legitimate their control” (“Italian opera in early national Mexico”, en *The Places of History*. Ed. D. Sommer, EUA, 1999, p. 152).

¹⁶ *México a través de los siglos*, iv. p. 139. Por su parte, Leonel Rodríguez Benítez señala que al menos hasta 1828 se mantuvo dicha institución, según los registros de presupuesto de la Secretaría de Relaciones.

es señalar que a partir de este intento surgieron, en adelante, asociaciones, institutos, tertulias (literarias, muchas de ellas) marcadas por un espíritu de tolerancia política y religiosa, en las que se pretendía fortalecer la opinión pública a través de la república letrada, pero también servían de plataforma para establecer vínculos bajo el principio del bien común.¹⁷

EL DISCURSO DE QUINTANA ROO: LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA Y LOS SABIOS

Sin embargo, el punto quizá más decisivo en el evento de inauguración fue el discurso que Quintana Roo pronunció en aquella ocasión de 1826. Muy específicamente, la manera como presentó a México dentro de una historia de las civilizaciones. Dicho aspecto definitivo lo destaca el mismo José María Heredia cuando subrayaba en una nota aparecida en *El Iris*, que las palabras de Quintana Roo eran “un excelente discurso en que se presentó un cuadro filosófico de la historia, progresos y vicisitudes del saber humano, concluyendo con analizar el estado actual de las luces europeas y los motivos poderosos que deben realzarlas en América” (97).

¹⁷ Una lista de instituciones que se proyectaron con este afán de concordia e ilustración en los años inmediatamente posteriores serían: el Instituto Literario de Toluca, inaugurado en 1827 por Lorenzo de Zavala, y del cual fue director posteriormente José María Heredia, en 1834; el Colegio de San Gregorio en 1828; la iniciativa de elaborar un Atlas geográfico en 1830, por Alamán; el Colegio y Academia de San Juan de Letrán; la presencia del extranjero Mathieu de Fossey, quien pone una escuela en su casa, en 1830 (Staples, “Panorama educativo”, p. 116); la sociedad de literatos de 1832, que editaba *Registro Trimestre* y que luego continuó con la *Revista Mexicana* (1835); la creación del Instituto de Geografía y Estadística en 1833; la formación de la Academia de Medicina; las reuniones en 1834 de algunos escritores en casa de Francisco Ortega, etcétera. De la misma manera se debe considerar la creación de la Sociedad Mexicana de Agricultura y Artes, años antes, el 20 de julio de 1828, en la que Isidro Rafael Gondra, basado en los informes de Jovellanos, planteaba en su discurso una nueva visión de México, es decir, un México agrícola y fértil en artes (*El Amigo del Pueblo*, julio 1828). Los frutos de estas propuestas muy pronto se reflejaron en la serie de revisiones y ensayos sobre la situación mexicana que fueron apareciendo en folletos y revistas. Por ejemplo, años después, Tadeo Ortiz de Ayala, economista criollo, en el libro ya citado de 1832, *México considerado como nación independiente*, buscaba plantear, por primera vez, un ajuste de cuentas del patrimonio cultural, a través de un estudio económico. Por otra parte, Heredia, en la revista *La Miscelánea*, se refería a la importancia de la economía política como herramienta indispensable para evaluar los adelantos de las naciones.

Calificar el discurso de Quintana Roo como un verdadero “cuadro filosófico de la historia” era ponderar ante todo una argumentación hasta cierto punto novedosa, en la que se daba la justificación de un territorio desde otros parámetros: la filosofía de la historia. Asimismo, hay que recordar que, como lo vimos antes, se estaba proyectando una institución a la luz del americanismo literario. Los lazos, en este sentido, eran evidentes, en tanto algunos de los suscriptores de dicha institución eran integrantes del grupo de emigrados españoles en Londres. Por otra parte, el gobierno mexicano, desde 1824, subvencionaba el periódico mensual *Ocios de los Españoles Emigrados*, publicación editada en Londres. Este contacto era aún más evidente tanto por el interés diplomático de México en Inglaterra, con dos protagonistas de las letras, Manuel Eduardo de Gorostiza y el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, como por la participación de estos escritores en distintas revistas en Londres.¹⁸

Lo cierto es que Quintana Roo planteaba en su discurso una argumentación que le permitía dos cosas: proyectar la ubicación de México dentro de la historia de las civilizaciones, y justificar la existencia de una elite —letrados— a través de otras vías culturales e históricas, no necesariamente políticas o religiosas. Pero también era un argumento para poner en evidencia la imposibilidad de una monarquía, ya que la educación y formación de los establecimientos científicos y literarios habían representado la conciencia y el triunfo de la razón frente a los sentimientos fomentados por los monarcas anteriores, relativos al fanatismo, la religión y la superstición.

Bajo nuevas coordenadas, es decir, sin apelar a la corona española o al fracaso del pretendido imperio de Iturbide, y más allá de los trabajos de los historiadores como fray Servando Teresa de Mier o Carlos María Bustamante, que versaban sobre la nacionalidad mexicana en términos religiosos, históricos o mitológicos, Quintana Roo planteaba: “Detengámonos, señores, por un momento a considerar la suerte que en una dilatada serie de siglos han corrido las ciencias en Europa, y sabremos apreciar la asombrosa rapidez de los progresos que deben hacer en América” (97). Esto quería decir que se daba paso a una argumentación surgida desde

¹⁸ Eduardo de Gorostiza publicó en *New Monthly Magazine* (1824) artículos sobre “On the modern Spanish Theater” (55), en Armando de María y Campos, *Manuel Eduardo de Gorostiza y su tiempo*, 1959.

la misma historia del desarrollo de los pueblos, al margen de la Iglesia, y con ella encontraba una nueva forma de mostrarse y explicarse, desde un proceso histórico que suponía nuevas nociones como las de progreso, de la literatura, de la propia historia universal. Con lo cual se podía abordar la situación de México desde una nueva perspectiva, lo que llamará más tarde Heredia la ciencia política.

Los esfuerzos de Clavijero, de fray Servando Teresa de Mier, entre otros, habían sido una primera muestra en este sentido, sólo que se inscribían —particularmente el de este último— dentro de una tradición de pensamiento religioso que terminaba exaltando un indigenismo histórico peligroso, insurgente, es decir, suponía un principio popular y, por tanto, de insurrección. Como lo ha mostrado David Brading, era este mismo carácter popular por el que historiadores como Alamán, Mora y Zavala rechazaban dichas propuestas en una etapa en la que, ante todo, se buscaba mostrar los frutos de una vida republicana en términos de progreso, tranquilidad social y cultura.¹⁹

Así, Quintana Roo mostraba la posibilidad de proyectar una nación bajo premisas filosóficas donde los hombres intentaban justificar la existencia del territorio en función de los hechos y adelantos en la historia y la ciencia occidental. Al mostrar el curso de la historia cultural en Europa, los progresos en las ciencias, las artes y la literatura, Quintana Roo buscaba, por un lado, suscribir a México dentro de un proceso de las naciones ejemplares; reivindicaba “[el] elogio de las ciencias y el influjo que en unión de las letras y las artes han tenido siempre en la mejora de las costumbres y por consiguiente en el triunfo de la libertad de los pueblos”, pero también buscaba, por el otro, crear una institución de ciencias y literatura que se dedicara a estudiar y ver las “circunstancias naturales y políticas en que nos hallamos”. México había logrado conjurar la revolución de independencia y, como otras naciones, así lo mostraba la historia, había recuperado una nación que había sido despojada de su existencia durante tres siglos. En ese sentido, Quintana Roo pretendía consolidar y culminar

¹⁹ Dice Brading, al referirse a las críticas de los liberales sobre el patriotismo criollo insurgente, asociado a Servando Teresa: “En realidad la primera generación de liberales mexicanos, Lorenzo de Zavala y José María Luis Mora, desdeñosamente criticaron la insurgencia por sus líderes curas, su falta de principios y sus inclinaciones populistas”. (*Orbe indiano*. México: FCE, 1993, p. 648).

la obra de la Independencia basándose en algunas de las prerrogativas del patriotismo criollo, tales como la posición privilegiada de México en tanto teatro inmejorable para el progreso y desarrollo del ingenio; el rechazo a la Colonia por representar ésta una época de superstición y sumisión; las condiciones favorables del continente americano para el desarrollo de la civilización; el cultivo de las ciencias, las artes y la literatura como elemento decisivo para la mejora de las costumbres y el triunfo de la libertad.

México era el “teatro más adecuado para las especulaciones del ingenio”, por eso, en el mismo tono que el poeta venezolano Andrés Bello, en sus poemas americanos publicados en Londres por esos años,²⁰ Quintana Roo señalaba la necesidad de dejar “la culta Europa” para abrir la nueva etapa de ilustración en la América fértil.

Las palabras del poeta mexicano ponían en evidencia la lectura de Humboldt, pero sobre todo le permitían volver a poner en juego el futuro promisorio de México. Decía: “Al mismo tiempo que la Europa camina rápidamente a su ruina, la América se engrandece, se ilustra y se prepara a ocupar el lugar más distinguido en la historia de los siglos futuros” (101).

Quintana Roo, aunque planteaba el trabajo incesante de la razón como la vía para alcanzar el camino hacia la felicidad social, no dejaba también de hacer una crítica a ciertos abusos por parte de algunos gobiernos europeos, en términos del uso de la razón y la religión como formas de justificar el poder real. El poeta mexicano respondía a los sucesos más recientes —la caída de Iturbide— pero, ante todo, buscaba proyectar un Estado respaldado por un grupo de sabios, en un gobierno elegido por la soberanía popular: “Nuestros gobiernos populares que deben su existencia no a transacciones artificiosas y violentas, sino al voto libre de los ciudadanos, tienen el mismo interés que éstos en el cultivo del espíritu y no ponen otros límites a sus adelantos y progresos que los que exigen la utilidad y ventajas del estado” (101).

Ante el concepto del patriotismo criollo que postulaba el providencialismo como explicación de los destinos humanos, Quintana Roo introducía

²⁰ Primero publica “Alocución a la poesía”, en la *Biblioteca Americana* (1823) y el segundo con el título “Silvas americanas”, en realidad “La agricultura de la zona tórrida”, en *Repertorio Americano* (1826). Estas revistas editadas en Londres tenían “una orientación americanista [...] destinada a elevar el nivel cultural de los países americanos” (González Boixo, p. 300).

el discurso de la historia, la idea de progreso, el utilitarismo, la función de los sabios o filósofos, en suma, hablaba de principios sociales para mostrar la viabilidad de México hacia la conquista de esos ideales.²¹

Ahora bien, este nuevo planteamiento era lo que permitía al poeta, entre otras cosas, reivindicar una nación anterior —la india—, puesto que se apelaba a la conquista de una libertad de la que había sido despojada en términos históricos pero, paradójicamente, también daba la posibilidad de apartarse, por el momento, de la existencia de una sociedad real y contradictoria, puesto que lo importante era ponderar una nación en la nueva vida constitucional republicana, es decir, una nación construida en términos de su futuro, de sus posibilidades.

Aunque las intenciones de Quintana Roo eran realizar el estudio de la especificidad de dicha nación, en realidad lo que se estaba esgrimiendo era, ante todo, la idea del porvenir de México como república, basada en la idea del progreso, de valores universales, sin una discusión de la especificidad de dicha nación, es decir, se planteaba una continuidad histórica “coherente” en términos de esos valores, proyectados a raíz de la Independencia y de la Constitución de 1824, y la elección de Guadalupe Victoria como presidente, con lo cual se eludían, por lo pronto, problemas como el hecho de que la mayor parte de los habitantes de dicha nación fuera indígena, y la existencia de un pasado inmediato colonial.

Así, Quintana Roo realizaba una operación que parecía una paradoja; se proyectaba una justificación histórica de la posibilidad de la constitución de México hacia el futuro a partir de su porvenir, pero con ello se eludía el presente. En ese sentido, la visión utópica de Quintana Roo sentaba sus bases en el hecho de que en su proyección al futuro evitaba la presencia de indios y las enormes deficiencias educativas.

Ahora bien, si no fue éste el primer documento que arriesgaba con esta nueva argumentación, sí podemos decir que a partir de entonces los escritores encontraron en la filosofía de la historia y en la propia filosofía, uno de los terrenos más fecundos que permitía hacer una lectura de

²¹ Aquí es importante aclarar que entre los liberales y, en general, en el pensamiento republicano americano, la explicación teológica de providencialismo tuvo un fuerte arraigo y, con frecuencia, se leyó de la misma manera que lo que planteaba el principio filosófico de la unidad y universalidad de las causas morales y físicas de la historia. Es el caso también de Heredia.

México, de su historia y de su literatura, distinta, *separada de los dogmas tradicionales*.

En efecto, las repercusiones de este género de reflexiones pronto se reflejarían en una serie de textos que buscaban en la enseñanza de la historia la explicación de los triunfos y desengaños de los países independientes, es decir, la interpretación de una etapa marcada por el desgaste de la opinión pública y la lucha entre facciones.

HEREDIA Y LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA: UN PATRIOTISMO DESINTERESADO

La historia debe ser, pues, uno de los principales
objetos de enseñanza pública...

"Prospecto" de las *Lecciones de Historia*

Pendiente de estos proyectos, otro cubano, Domingo del Monte, amigo de José María Heredia, comentaba algunos de los peligros de estos planteamientos e instituciones, como las del mencionado Instituto de Quintana Roo. Muy concretamente, unos meses después de inaugurada dicha institución, en carta fechada en agosto de 1826, Domingo del Monte comentaba la estructura del establecimiento educativo, en tanto se hablaba de un cuerpo de letrados amparados por el Estado.

Pero has de creer que también sentí una pena, al considerar que el establecimiento de un cuerpo científico y literario bajo la directa influencia del gobierno es, a mi modo de ver, una calamidad para un pueblo libre. No te lo niego: siempre he mirado en ellos un germen perjudicialísimo de distinciones aristocráticas, que van acostumbrando poco a poco al ciudadano a no mirar las distinciones sociales con la energía que debieran. Introdúcense las distinciones sociales al favor lisonjero de la poesía, de la Oratoria, de las Ciencias: nadie al principio apercibe el veneno, hechizado con el estro embelesador del poeta, con las frases forzadas del Retórico, con los brillantes descubrimientos del físico; pero luego el gobernante compra con título académico al que necesita corromper; no mira, por cierto, el mérito del individuo ni se cura de su probidad ni de su saber; basta que pueda servir

de medio a las intrigas gubernativas para que se sienta a par de sabios, que se ruborizarán de semejante vecino.²²

Las palabras de escepticismo de Domingo del Monte eran premonitorias y visionarias de algo que finalmente enfrentarían los letrados de la época y, muy concretamente, su amigo Heredia en suelo mexicano. Proseguía el cubano:

Después vienen las guerras literarias, en que un público ignorante desprecia todo lo que no lleve el sello del cuerpo académico, como si fuera de su recinto no hubiera ilustración y talento. Los miembros también de la Academia *así directamente protegidos por el gobierno* miran con insultante tono a los que no son sus compañeros; se juzgan superiores al resto de los literatos de la nación, forman (y éste es su peor mal) un cuerpo de nobleza científica... (*Id.*).

Para el cubano era claro que en un país prácticamente analfabeto, y con la conformación de dicho cuerpo de sabios, se corría el riesgo de formarse éste como clase ilustrada privilegiada —una oligarquía letrada—, y de distanciarse de los proyectos democráticos educativos, en tanto se erigieran una literatura y una cultura privilegiadas.

Y acaso no estaba muy equivocado el amigo de Heredia cuando era, hasta cierto punto, un planteamiento educativo paternalista —la conformación de estos sabios—, a mediano plazo, en contra de aquellos valores promulgados en la Constitución de 1824, como los referentes a los derechos individuales y el sufragio universal. Y es que una de las consecuencias en los planteamientos de Quintana Roo, advertidas en las críticas de Del Monte, la constitución de este “cuerpo de nobleza” se proyectaría, en cierta medida, en lo que, tiempo después, quedaría configurado en la Constitución centralista de las Siete Leyes de 1836 como el cuarto poder.

Ahora bien, aunque ni Quintana Roo ni Heredia suscribieron dichas leyes de un centralismo, la forma como se eludieron estas contradicciones se debió en parte a la lectura específica que se hizo de otras cuestiones, tales como la del utilitarismo y el valor regenerativo de la educación. La

²² M. García Garófalo Mesa, *Vida de José María Heredia en México (1825-1839)*. México: Ediciones Botas, 1945, p. 232. También aparece la carta en *Centón epistolario* de Domingo del Monte, v. 1, La Habana: Biblioteca de Clásicos Cubanos, 2002, p. 74-75, en nota 4.

historia y la literatura, en tanto, permitían comenzar a plantear la importancia del mundo espiritual sobre el material para introducir, desde un proceso histórico, el bien.

Por otra parte, es un hecho que los optimistas anhelos iniciales del cubano José María Heredia durante sus primeros años en México, se trastocarían muy rápidamente ante ciertas adversidades y a raíz de su estancia mexicana, por principios culturales y literarios más acotados, y debido a la renuncia a un destino poético irreductible en aras de una vida familiar y de autoconstricción, de fuerte carga moral. Ahora bien, este cambio o dilema no deja de plantearlo el mismo Heredia, en términos líricos, no poco dramáticos e intensos, hacia 1829:

De la vana ambición desengañado
ya para siempre abjuro
el oropel costoso de la gloria,
y prefiero vivir simple, olvidado,
de fama y de crimen [sic] y furor seguro,
de mi azarosa vida la novela
termina en brazos de mi dulce esposa,
y de mi hija la risa deliciosa
del afán ya pasado me consuela.

Trasladado a Toluca, como oidor de la Audiencia de México (7 de febrero de 1831), edita el periódico *El Conservador*, una publicación cuyo título, para los ojos del lector moderno, no refleja los ideales que defendía; en realidad dicha publicación abogaba por una reconstrucción nacional, de conservación de los valores federales y constitucionales de 1824. En un tono que podría ser perfectamente el de un criollo moderado mexicano, el cubano reproducía los ideales y suscribía la libertad de México al destino providencial y luego al del hombre:

La nación mexicana es sin duda una de las que el cielo ha favorecido con sus más benignas miradas. Asentada sobre un suelo fecundo, por cuyas entrañas giran ríos inagotables de plata y oro, debe a su singular constitución física la posesión de todos los climas, que hacen susceptible de todas las producciones del globo...

Cuando se rompieron las cadenas coloniales, México reivindicó su lugar entre las naciones. La providencia nos hizo responsables de tan brillantes destinos. Nos hemos constituido bajo la forma de gobierno más perfecta que ha podido resultar de las combinaciones del ingenio humano, y cuyas inmensas ventajas, que se descubren en abstracto a la mente menos reflexiva, están palpablemente demostradas por la experiencia en el ejemplo de la república vecina del Norte.

Nuestra suerte, pues, depende absolutamente de nuestro arbitrio y la pública felicidad será segura si todos cumplimos fielmente nuestros deberes sociales. El primero de todos es una invariable adhesión al pacto federativo, único garante de la unidad nacional y del orden público...

Sólo necesitamos de moderación y de virtudes para gozar de todos los frutos de la gloriosa transformación política que tantos héroes y mártires compraron con su sangre generosa...²³

Heredia publicaba ese mismo año su poema dedicado a Bolívar, "Al genio de la libertad", y aparecían las *Lecciones de historia universal*, libro que representó una piedra fundamental en el discurso político-cultural del cubano y, en buena medida, en el de México.

HISTORIA Y PATRIOTISMO

Como dijimos, Heredia para entonces, y en buena medida a raíz de las adversidades laborales y políticas experimentadas en México, había disminuido la fecundidad de su trabajo poético y encontraba en una postura moderada, bajo las modulaciones de un "patriotismo continental" del estudio de la historia universal —una suerte de eclecticismo histórico y literario—, una de las claves para realizar sus ideales. En efecto, si el cubano había hecho del patriotismo una manifestación del liberalismo desde su proyecto cultural y literario de *El Iris*, con la edición del libro de texto *Lecciones de historia universal* de 1831-1832 —un proyecto que comenzó desde 1826— advertía que en la enseñanza de la historia se podía sustentar un discurso que reforzaba nociones como el utilitarismo y la educación como formas de regeneración de valores.²⁴

²³ García Garófalo, *Vida de José María Heredia...*, p. 381.

²⁴ El otro proyecto que había culminado durante esos años, casi como una muestra

En términos del discurso cultural y político, una de las soluciones que halló Heredia a los principios liberales y republicanos basados en la defensa de los derechos individuales y en conflicto con los corporativos y de facciones políticas, fue la adopción de un patriotismo desinteresado para la reconstrucción de la opinión pública. Heredia decía en un artículo que publicó en varias entregas en *El Conservador* (1831): “No titubeamos al pronunciar, que el carácter distintivo del verdadero patriotismo es el *desinterés*, por manera que siempre que el provecho individual se mezcla en los negocios públicos, debe asegurarse que aquella virtud ha desaparecido”.²⁵

Si Quintana Roo había planteado en su discurso de 1826 una nueva forma de entender el proceso histórico y de desarrollo de una nación y argumentaba a favor de nociones como el utilitarismo y el progreso, por su parte, el cubano percibía la necesidad de un nuevo patriotismo que, ante todo, debía situarse al margen de los intereses individuales y de instituciones del viejo orden, en aras del bien de la nación; pero lo singular era que este desinterés también lo desprendía de las lecciones que ofrecía la historia universal.

En efecto, uno de los aspectos novedosos en la propuesta de Heredia era que adoptaba las lecciones de la historia universal como formas para combatir y corregir males sociales y, con ellas, proyectar la necesidad de un patriotismo desinteresado. En el prospecto de la adaptación de las *Lecciones de historia universal*, basada en los *Elementos* de Tytler, con sustanciosas adiciones hechas por el propio Heredia, se decía: “Sus *Lecciones* no son una crónica árida, ni una simple tabla cronológica, ni una serie de nombres y genealogías. Su principal objeto ha sido dar una idea clara y exacta de la marcha del género humano y las vicisitudes de la civilización en todos los ramos”.²⁶ Este propósito, además de revelar la semejanza con la empresa de Quintana Roo, era, en realidad, un proyecto que tenía un objetivo pedagógico y moral fundamental:

literaria —antecedente— de los diferentes usos de la historia, era la primera novela de origen indianista en América, el *Jicotencatl*, como lo ha demostrado Alejandro González Acosta en *El enigma de Jicotencatl*. México: UNAM, 1997.

²⁵ García Garófalo, *op. cit.*, p. 386.

²⁶ *Ibid.*, p. 405.

Un estudio de la historia universal, creía Heredia, enseñaba a los ciudadanos a evitar el partidismo en la medida en que aprendían la necesidad de someterse a un compromiso para lograr el bienestar de todos. En la década posterior a la Independencia mexicana, este consejo sobre todo —pensaría Heredia— era importante para los mexicanos.²⁷

En este sentido, como su amigo Lorenzo de Zavala, pero también como el ecuatoriano Vicente Rocafuerte, Heredia partía del ejemplo de Estados Unidos de Norteamérica y de la historia de Inglaterra pero, sobre todo, de la historia universal, como una forma de situar el lugar de México en el desarrollo de las civilizaciones, y a la luz de las demás naciones. Heredia, aunque narraba la guerra de independencia de México, prefería omitir el análisis de la situación contemporánea de la nación, y así eludir ataques y hostigamientos de otras facciones. Sin embargo, sí concluía: “Omito pues por ahora, el bosquejo de los crímenes y calamidades que han afligido y deshonrado por tanto tiempo a nuestra República. Bajo la bárbara cuchilla de las comisiones militares, y ante el espíritu del Santo Oficio, que alza impunemente su cabeza monstruosa, estamos lejos de la época feliz caracterizada por Tácito...”.²⁸

Lo que importaba a Heredia, sobre todo, era que sus lecciones podrían servir como un nuevo método para corroborar los preceptos morales y la prudencia del hombre porque, como él mismo lo postulaba en la “Introducción” de la obra, el fin último de la enseñanza de la historia era “formar hombres de bien y buenos ciudadanos”.²⁹ Claramente, el cubano postulaba la necesidad de la enseñanza de la historia en los siguientes términos:

En un país libre, todo hombre que tenga una educación regular, debe poseer en cierto grado la ciencia política, y la historia es su grande escuela. Ella nos descubre los resortes de los acontecimientos humanos; las causas de los progresos, engrandecimiento, revoluciones, decadencia y ruina de los estados;

²⁷ Nancy Vogeley, “Heredia y el escribir de la historia”, en *La imaginación histórica en el siglo XIX*. Rosario, Argentina: UNR Editora, 1994, p. 50.

²⁸ J. M. Heredia, *Lecciones de historia universal*. Toluca: Imprenta del Estado, 1831-1832, v. 4, p. 182.

²⁹ *Ibid.*, v. 1, p. 9.

nos muestra la influencia recíproca del gobierno y de las costumbres nacionales; disipa las preocupaciones, fomenta el amor a la patria, y nos enseña los medios más a propósito de serla útiles; nos prueba a la vez los bienes de la unión política, y las miserias y peligro de las facciones, que al fin ponen a un pueblo en la alternativa fatal de abandonarse a la anarquía, o sufrir el yugo vergonzoso y atroz de un déspota.³⁰

Con este propósito, Heredia adoptaba un término medio entre dos maneras de estudiar la historia, porque sólo así veía una conjunción benéfica de ésta.

A la vez de atender a la cronología en cuanto es necesaria para mostrar los progresos del género humano en la sociedad, y dar ideas justas del estado del mundo en todos los diferentes siglos a que se extiende la historia auténtica, atenderemos más a la conexión de los asuntos que a la del tiempo, al delinear el engrandecimiento y ruina de los imperios y sus revoluciones. Por eso no emplearemos el método común de dividir la historia general por épocas o eras.³¹

Ahora bien, es cierto que Heredia, como lúcidamente lo ha estudiado Nancy Vogeley, se apropiaba de una nueva “narrativa secular”. “Así —nos dice Vogeley—, las lecciones que se deben aprender de la lectura de su libro de historia no vendrían de pruebas religiosas sino de la percepción de que los hombres hacen la cadena de eventos de la historia”,³² sin embargo, me parece que la propuesta de Heredia, en todo caso, si como dice Vogeley, sometía “la historia teológica a una moderna expectativa racional”,³³ ésta se modulaba y acotaba al paso de los años con los distintos acontecimientos que enfrentó en los sucesos nacionales de México durante los años que van de 1826 a 1839.³⁴

³⁰ *Ibid.*, p. 7-8.

³¹ *Ibid.*, p. 11.

³² N. Vogeley, “Heredia y el escribir de la historia”, en *La imaginación histórica en el siglo XIX*, op. cit., 1994, p. 48.

³³ *Ibid.*, p. 47-48.

³⁴ En carta del 29 de junio, cuando ya radicaba en Cuernavaca, se refería a su situación en el país: “Mi matrimonio y mi constitución física, que necesita un clima benigno, me tienen ligado al país, pero si se repiten las escenas de los últimos días de 1827, sin duda iré a morir en paz en los EE UU. Donde reinan las leyes y ningún faccioso atrevido puede correr un velo sobre la imagen de la libertad profanada...”. Heredia aludía concretamente

Si bien se trataba sin duda de un nuevo discurso secular, asumía el análisis de las sociedades a partir de un enfoque novedoso, filosófico, racional, Heredia no perdía de vista la idea de la historia providencial y el papel fundamental de la religión en las sociedades modernas.³⁵

Si es cierto que la historia de Tytler, como destaca Vogeley, "posibilitó que Heredia escribiera acerca del imperialismo, en términos de comercio, y de la colonización de gentes en tierras lejanas, en términos de expansión de la industria de mercados,"³⁶ me parece que en términos de la proyección del destino último de las naciones y del hombre (y sobre todo después de los acontecimientos de 1835), el cubano, si no se suscribía a los arbitrios de la historia providencial como una forma última de unidad nacional, sí podemos reconocer menciones de ésta en su amigo, Lorenzo de Zavala, que recurría a la Providencia como parte del motor de la historia, es decir, establecía una lectura de la explicación teológica con la filosófica para explicar el sentido último de los acontecimientos.³⁷

La historia, considerada como una forma de explicar los problemas sociales y el progreso del hombre constituye sin duda una de las aportaciones del cubano y de Quintana Roo. Los dos se desligaban de la Iglesia como

a las calumnias vertidas en la prensa en su contra y al hecho de haber sido intervenida su correspondencia particular. El incidente hacía estragos en los proyectos y espíritu de Heredia. Ese mismo año escribía el poema "A la religión", en donde apelaba a ésta y a la pureza de sus dogmas como formas de restitución de la moral ante tanta discordia.

³⁵ Aunque no los menciona Heredia abiertamente, sí es plausible reconocer los valores que se traducían de la religión. Evelia Trejo se refiere también a distintas menciones de Lorenzo de Zavala y la Providencia en sus textos. Véase *Los límites de un discurso...* México: FCE, 2001, p. 416-419.

³⁶ N. Vogeley, *op. cit.*, p. 47.

³⁷ Aquí me parece que las conclusiones de Nancy Vogeley, aunque decisivas en un sentido, para entender el valor de la contribución herediana en términos de estudio de la historia y el sentido universal del patriotismo, no atentan contra cierta idea de la religión, en tanto éste daba importancia y cabida a la religión de acuerdo con sus otros pares, como Rocafuerte y Quintana Roo. Dice Vogeley: "Si él no está escribiendo la historia para dar voz a la 'memoria nacional' mexicana, sí está tratando de insertar la historia de México en un esquema más grande, uno diferente del plan providencial en que la retórica colonial española había insistido, el cual había vinculado la colonia a la metrópoli". Por su parte, Heredia, no es casualidad, dejaba incluir en sus *Lecciones* un apartado especial de la historia de los judíos como una adaptación más de la historia de Tytler, y necesaria para algunos lectores.

centro, o bien, de los dogmas españoles, para explicar la situación nacional desde una perspectiva universal distinta.

Ahora era la historia la que nos ayudaba a explicar los problemas de la desigualdad y la constitución de un pueblo, y no sólo se depositaba la confianza en el cambio con las leyes. En ese sentido, las *Lecciones de historia* se convertían en una crítica implícita a la Colonia y los vínculos españoles. Ahora bien, aunque aún queda pendiente el estudio del texto de Heredia dentro del contexto de la historiografía nacional y la filosofía de la historia, cabe preguntarse, en todo caso, hasta qué punto Heredia se suscribía a una tradición criolla que, sin radicalizar su postura frente a la idea cristiana del destino último humano, dejaba abierta la puerta al sentido providencial de la historia que había planteado Bossuet. Por otra parte, no en vano Heredia se preocupaba por una regeneración de valores en los que la religión jugaba un papel importante. Me interesa, por lo pronto, destacar aquí el hecho de la búsqueda de esta historia como forma de fomentar valores de “desinterés”.

En efecto, el cubano ponía en práctica los nuevos usos de la historia y, con ello, restituía el pasado y la soberanía de la nación buscando darle un sentido a su presente, pero sobre todo a su porvenir. Este recurso de la historia estuvo también en las plumas de otros escritores. Por ejemplo, no era casualidad que en 1827 volvieran a aparecer, las *Lecciones de historia* del conde de Volney, traducidas por Lorenzo de Zavala, en *El Amigo del Pueblo*,³⁸ además, a partir de abril de 1828, la traducción del curso del “Estudio de la Historia”, que había escrito Condillac para ilustrar a un príncipe. Los tres textos, ante todo, significaban una nueva forma de plantearse la historia propia y, en todo caso, representaban la enseñanza de la historia desde una perspectiva secular distinta a la manejada durante la Colonia o por otros criollos.


Si bien es cierto que la historia de Condillac era un recurso muy utilizado en el siglo de la Ilustración, en tanto se dirigía a instruir a un príncipe en las distintas formas de gobierno, el hecho fue que este curso, en su contexto mexicano, tenía otras implicaciones y comenzaba a abrir las puertas de un mundo secular. Una de ellas, la más evidente, era que buscaba servir a un público más amplio, a las clases medias-letradas, pero también mostraba

³⁸ Aparecieron primero en *El Águila Mexicana*, el mes de octubre de 1824, con el título “Programa, plan y distribución del estudio de la historia” (Evelia Trejo, *op. cit.*, p. 144).

—desde otra perspectiva y como un manual o cartilla historial— algunas nociones y explicaciones de los problemas sociales a través de la historia.³⁹ En el caso de las *Lecciones* de Volney, traducidas por Zavala, dice Trejo que:

Era el suyo un plan ambicioso que pretendía concluir con el examen de dos cuestiones que interesaban especialmente a los pensadores de la generación: ¿A qué grado de civilización había llegado el género humano? Y ¿Qué indicaciones generales resultaban de la historia para el adelantamiento de la civilización y las mejoras de la sociedad?⁴⁰

Por otro lado, es cierto que el proyecto de Heredia constituía sólo un material más de apoyo ante los escasos textos sobre historia universal; sin embargo, estas lecciones ya llevaban una connotación distinta de las historias tradicionales: se trataba de ver la historia con una función moral y social específica. Asimismo, las *Lecciones de historia*, una vez publicadas, sirvieron de libro de texto en las clases de historia que dictó el mismo Heredia en el Instituto de Toluca, y después fueron utilizadas como material didáctico en las clases de José María Lacunza en el Colegio de San Juan de Letrán. Aunque aquí no es mi interés estudiar este aspecto, quisiera solamente subrayar su importancia y advertir que merecería más atención en investigaciones futuras.

En realidad, este proyecto de la historia como una forma pedagógica era el resultado de una búsqueda del cubano y el mexicano por encontrar maneras de mitigar una escisión más profunda entre el destino social y el destino particular, entre la promesa de México —léase América— y la realización de una obra personal; en otras palabras, era el resultado de un proceso de búsqueda que se hacía más claro en la actividad que dejaría mayor legado: la poesía y la crítica literaria. 

³⁹ Hay que recordar que en 1832 Gómez de la Cortina escribe su cartilla historial, que tuvo gran éxito. Sería interesante el estudio de estas primeras muestras de lecciones de historia porque representan la formulación de un nuevo sentido de la historiografía.

⁴⁰ Trejo, *op. cit.*, p. 145.

BIBLIOGRAFÍA

- BRADING, David. *Orbe indiano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- CONDORCET, marqués de. *Antología de Condorcet*. Selección e introducción de Antonio Ballesteros. Madrid: *Revista de Pedagogía*, 1932.
- GARCÍA GARÓFALO MESA, M. *Vida de José María Heredia en México (1825-1839)*. México: Ediciones Botas, 1945.
- GONZÁLEZ ACOSTA, Alejandro. *El enigma de Jicotencatl*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.
- GONZÁLEZ BOIXO, Juan Carlos. "Andrés Bello", en *Historia de la literatura hispanoamericana*. Luis Íñigo Madrigal (coord.). España: Cátedra, 1993, p. 297-308, v. 2.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel. "Don Andrés Quintana Roo", en *Obras I*. México: UNAM, 1995.
- HEREDIA, J. M. *Lecciones de historia universal*. Toluca: Imprenta del Estado, 1831-1832, v. 1, 2, 3 y 4.
- KENNEDY, E. *A Philosopher in the Age of Revolution: Destutt de Tracy and the Origins of Ideology*. Philadelphia: American Philosophical Society, 1978.
- MARIA Y CAMPOS, Armando de. *Manuel Eduardo de Gorostiza y su tiempo*. México: Talleres Gráficos de la Nación, 1958.
- MIRANDA, Manuel. *Vida y escritos del Héroe Insurgente (Quintana Roo)*. México: Imprenta de la Secretaría de Fomento, 1910.
- MONTE, Domingo del. *Centón epistolario de Domingo del Monte*. La Habana: Biblioteca de Clásicos Cubanos, 2002, v. 1.
- O'GORMAN, Edmundo. *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1960.
- OLAVARRÍA Y FERRARI, Enrique de. *México a través de los siglos*, t. IV. México: Ediciones Patria, 1953.
- PERALES OJEDA, Alicia. *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*. México: Imprenta Universitaria, 1957.
- RODRÍGUEZ, Leonel. "Instituto de Ciencias y Artes de la ciudad de México en 1826," en *Memoria del Primer Congreso Mexicano de Historia de la Ciencia y de la Tecnología*, v. 1 (1989), p. 332-341.
- SARRAILH, Jean. *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*. México: FCE, 1957.

- SCHENEIDER, Luis Mario. "La primera revista literaria del México independiente", en *El Iris* de José María Heredia (ed. facsimilar, t. 1). México: UNAM, 1988, p. XXV-LXIII.
- STAPLES, Anne. "Panorama educativo al comienzo de la vida independiente", en *Ensayos sobre historia de la educación en México* (varios autores, 2ª ed.). México: El Colegio de México, 1985, p. 101-144.
- _____. *Educación: panacea del México independiente*. México: SEP / Ediciones El Caballito, 1985.
- TREJO, Evelia. *Los límites del discurso. Lorenzo de Zavala, su "Ensayo histórico" y la cuestión religiosa en México*. México: FCE, 2001.
- VOGELEY, Nancy. "Italian opera in early national Mexico", en *The Places of History*. Ed. D. Sommer, EUA, 1999.
- _____. "Heredia y el escribir de la historia", en *La imaginación histórica en el siglo XIX*. Rosario, Argentina: UNR Editora, 1994, p. 50.

